iglesias a extraer impuestos sobre la base de las listas impositivas civiles. Estas doce páginas se han elaborado sobre el fundamento bibliográfico de los manuales más recientes de Derecho eclesiástico alemán y la jurisprudencia más significativa del Tribunal constitucional federal. Como ejemplo de los límites del impuesto eclesiástico se expone que, aunque no haya una suma máxima extraíble (porque ello iría en contra del principio según el cual los impuestos dependen de la capacidad de cada uno, *Leistungsfähigkeitsprinzip*), sí hay un límite en la progresión del tanto por ciento impositivo (p. 44).

El nuevo procedimiento, que era esperado desde hace años, supondrá inicialmente un aumento de trabajo para la oficina federal de impuestos, y supone una reafirmación de los obligados al impuesto eclesiástico en la misma medida en que lo eran hasta ahora. El cambio le-

gislativo afecta de modo importante al procedimiento, pero no afecta al contenido del impuesto. Quienes han contribuido al sostenimiento de las Iglesias mediante el impuesto eclesiástico sobre el rendimiento de su capital, pueden deducir en el siguiente ejercicio un tanto por ciento por esa contribución. En la discusión política alemana entre los partidos con mayor representación parlamentaria está la posibilidad de suprimir esa deducción (*Abgeltungsteuer*) (pp. 93-94).

El índice de fuentes (pp. 97-104) está bien estructurado (normativas, concordatarias y paccionadas, y jurisprudenciales). El índice bibliográfico se extiende de la página 105 a la 107 y sirve de pronuario con las referencias fundamentales sobre esta materia, de la que hay más bibliografía de la ahí recogida.

María J. ROCA

Rob MEENS, *Penance in Medieval Europe. 600-1200*, Cambridge University Press, Cambridge 2014, x + 282 pp., ISBN 978-0-521-69311-0

Uno de los temas que más ha intrigado a los estudiosos en el ámbito de la historia de las instituciones canónicas es, sin duda alguna, la evolución del sacramento de la confesión. Esto es, el paso del sistema de la penitencia pública presente desde los primeros ordenamientos canónicos –ritual público, generalmente ante el obispo y concedido una sola vez en la vida– hasta la actual modalidad de la penitencia privada, auricular y secreta, tantas veces repetible cuanto se desee.

Frente a la narrativa tradicional –cuyos principales exponentes son Bernhard

Poschmann y Cyrille Vogel– que a grandes rasgos afirmaba, de modo bastante simplista, una evolución de la antigua penitencia pública hacia una privada a través de etapas intermedias de penitencia tarifada insular que, a su vez, se combinó con la penitencia pública antigua en la época carolingia, nuevos estudios de los últimos decenios han venido matizando y enriqueciendo esta reconstrucción a través de antiguas y nuevas evidencias textuales: libros litúrgicos, cánones conciliares, reglas monásticas, vidas de santos y cartas diversas.

Rob Meens, que durante los últimos lustros ha dirigido su investigación hacia los textos penitenciales, ha recogido aportaciones propias y ajenas para ofrecer una obra de singular valor, tanto en su método como en sus resultados. Dejando de lado planteamientos globalizadores de tipo ético, cultural o sociológico sobre la función de la penitencia en el mundo medieval, el autor emprende un detallado análisis de las fuentes existentes –en muchas ocasiones escasas para interpretar adecuadamente los textos y las situaciones descritas en ellos–, prestando una gran atención al aspecto codicológico, esto es, al modo en que un texto ha sido leído, usado, interpretado y alterado, así como la difusión temporal y geográfica de los manuscritos objeto de estudio. De este modo el autor huye de generalizaciones simplificadoras y ofrece una verdadera guía de la literatura penitencial durante el periodo comprendido entre los años 600 y 1200.

Una de las principales aportaciones de esta monografía es el cuestionamiento del término «penitencia privada», referido a la praxis de la Iglesia irlandesa. Según Meens, en la penitencia insular no se daba realmente el secreto o la privacidad, sino que en muchas ocasiones, los pecados confesados tenían una clara relevancia social y los procesos de penitencia y confesión ejercían también una función importante en la solución de conflictos derivados de diversas formas de violencia y relaciones sexuales ilícitas, como modo de reconciliación con la parte ofendida. En este sentido, los estudios coinciden cada vez más en afirmar que el derecho secular irlandés antiguo estaba embebido de preceptos cristianos procedentes de la Sagrada Escritura o del derecho canónico.

Frente a la visión tradicional, que afirmaba que la penitencia pública ya estaba en desuso en el siglo VII, hoy está generalmente aceptado que esta forma «canónica» siguió utilizándose incluso hasta el siglo XV. En un punto se equivoca Meens, cuando –siguiendo un estudio de Sarah Hamilton– atribuye a la Iglesia carolingia la solución de que los pecados públicos deben ser satisfechos mediante la penitencia pública y los ocultos pueden ser perdonados mediante otros modos penitenciales informales; pues ya san Agustín en una de sus obras (*Sermo 82*), transmitida por las colecciones canónicas, afirmaba lo siguiente: «Ipsa peccata corripienda sunt coram omnibus quae peccantur coram omnibus. Ipsa corripienda secretius quae peccantur secretius».

Otro aspecto de especial interés de la obra es el análisis de los penitenciales irlandeses que han llegado a nosotros. El autor es cauto a la hora de admitir que estos textos reflejen realmente la práctica común en Irlanda, pues aquellos que han sobrevivido pertenecen a un grupo muy cerrado de monasterios y autores, es decir, a la tradición que partiendo de Finiano pasa a su discípulo Columba y de éste a Cummeano y Columbano. Además, todas estas evidencias proceden de manuscritos compuestos en el continente.

Lo que sí es cierto, es que la penitencia tarifada reflejada por estos penitenciales tuvo una gran difusión en el continente. Difusión que ha sido tradicionalmente atribuida a la dureza y progresiva desaparición de la penitencia pública, pero que más bien parece deberse a la fama de santidad que tuvieron estos monjes y, sobre todo, a la variedad de formas existentes para purgar por los pecados. De hecho,

esta variedad explica que el modo de penitencia tarifada practicada por la tradición irlandesa no pareciera contradecir las prácticas existentes en los dominios carolingios del norte y este. Fue en los territorios al sur del Loire, donde la tradición romana civil y eclesiástica permaneció arraigada hasta bien entrado el siglo IX, cuando se apreció el conflicto entre la tradición canónica y los libros penitenciales irlandeses.

En los concilios de reforma ordenados por Carlomagno en 813 (Tours, Chalons-sur-Saone, Reims, Arles y Mainz) no se establece, como algunos historiadores han afirmado, que los libros penitenciales debían ser sustituidos por un regreso al antiguo ritual de la penitencia pública, sino que los pecados públicos debían ser reparados mediante la penitencia pública. Estos concilios no parecen reflejar que la penitencia pública estuviera en crisis, sino la preocupación por la gran variedad en que la penitencia podía aplicarse. Fue en el concilio de París del 829 cuando los obispos presentes criticaron la inconsistencia y falta de autoridad de los libros penitenciales (escritos *contra canonicam auctoritatem*) y pidieron a Halitgar de Cambrai que compusiera uno en plena concordia con los cánones. La influencia del *Libro penitencial de Halitgar* fue muy grande, aunque no reemplazó la tradición de los penitenciales anteriores a la reforma.

Quisiera hacer hincapié en que esta atención a la variedad penitencial existente en la praxis cristiana es otro de los grandes aciertos de esta monografía, pues estudios anteriores, al focalizar su atención sobre formas penitenciales institucionales, no daban el debido relieve a otros modos informales de penitencia.

En efecto, esta rica variedad está atestiguada desde los primeros tiempos, pues ya Orígenes (†254) hablaba de 7 formas distintas de hacer penitencia para la expiación de los pecados (bautismo, martirio, limosna, perdón fraternal, lograr la conversión de los pecadores, abundancia de caridad y derramamiento de lágrimas) y Juan Casiano (†434) añadía otras seis (penitencia, confesión de las propias culpas, aflicción del corazón y del cuerpo, enmendación de vida, intercesión de los santos y la misericordia y la fe).

El estudio de Meens llega hasta el siglo XII. Aquí pone de relieve que incluso en esta época, cuando el desarrollo de las escuelas catedrales y universidades imprimieron una mayor sofisticación y complejidad al pensamiento legal, los libros penitenciales siguieron en uso, como lo prueba, entre otros aspectos, el hecho de que el *Decreto* de Graciano citara los penitenciales entre los libros que un sacerdote debía conocer (D.38 c.5). La profesionalización del derecho canónico, cada vez más alejado de la atención pastoral, afectó ciertamente al modo de tratar la penitencia, centrándose más en aspectos teóricos, como la naturaleza de la penitencia y sus orígenes. Este planteamiento académico se verá también reflejado en obras eminentemente prácticas, como son las *summae confessorum*, compuestas para instruir a los sacerdotes en el arte de la confesión, aunque ello no introdujo un cambio radical en la disciplina penitencial, como lo demuestran las principales obras de la época, como la de Bartolomé de Exeter, el anónimo *Homo quidam* y los *cánones penitenciales* de Juan de Dios (mediados del siglo XIII), que tuvieron gran difusión y ejercieron, hasta bien entrada la baja edad media, la misma función que

los penitenciales tradicionales habían desempeñado con sus tarifas.

En definitiva, *Penance in Medieval Europe*, además de constituir una aportación científica de primera categoría, des-

broza la selva de fuentes manuscritas penitenciales facilitando la apertura de nuevas vías de investigación.

Joaquín SEDANO

Rafael PALOMINO, *La religión en el espacio público. Los símbolos religiosos ante el Derecho*, Digital Reasons, Madrid 2016, 164 pp., ISBN 978-84-944601-8-0

Nos recuerda el profesor Palomino Lozano, en la introducción de su último libro, que el tema que aborda en él –la simbología religiosa en el espacio público– se ha convertido en una presencia constante y creciente en el Derecho de los países de nuestro entorno, así como en los estudios de los juristas. Su trabajo refleja esta inquietud y esta circunstancia en un doble sentido: por un lado, lo encontramos trufado de ejemplos, tanto nacionales como internacionales, acerca de la cuestión planteada, todos ellos contando ya con un enfoque jurisprudencial, o varios, a sus espaldas; por otro, la tarea del profesor Palomino, que no es meramente recopilatoria, encuentra una enorme extensión para desarrollar la reflexión de fondo a la que nos tiene acostumbrados. Con habilidad conduce al lector por un panorama variopinto, pues son múltiples las situaciones expuestas, tanto en los sujetos implicados, como en el derecho que se aplica o en la naturaleza de los símbolos debatidos, empleando el método comparado. Y todo ello sin que parezca una colección de estampas multiculturales o una acumulación casuística, porque en tal variedad el autor sabe mantener un enfoque que, aunque

resulte paradójico, es y debe ser cambiante: «Y es que el estudio de la simbología religiosa va de la mano de una atención a la “morfología” y al “contexto” que presentan las diversas situaciones» (p. 7).

Parte de unas premisas metodológicas: el concepto y morfología del símbolo religioso, y el contexto en que se presenta el símbolo, tanto de carácter espacial como personal. Éstas son las claves de un estudio que, como advierte el autor, no elabora una teoría abstracta, pues se apoya en casos que se han producido en la realidad.

Comienza el libro con el estudio del concepto de símbolo religioso, cuestión imprescindible pero a menudo olvidada en los estudios de esta materia por las urgencias de analizar tal o cual caso concreto. Hay cuestiones claves, como el significado que debe primar, si el subjetivo o el objetivo, al dilucidar el carácter religioso del símbolo. Sostiene que es necesario combinar ambas perspectivas en atención al contexto, y se opone a que la estimación se haga desde el Estado, en asunción de un papel que no le corresponde. Introduce aquí una reflexión pertinente y valiosa sobre el «combate vir-